

# LA SOMBRA DE LA DICTADURA EN EL CUENTO CHILENO ACTUAL: TRES MUESTRAS REPRESENTATIVAS

OSVALDO RODRÍGUEZ

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

## 1.- Observaciones preliminares.

El título de este trabajo requiere, al menos, de tres precisiones preliminares para su recta intelección. La primera tiene que ver con el tipo de escritura literaria objeto de nuestro estudio: se trata del cuento. Un género, muchas veces considerado "menor", en relación con otras series textuales, tales como la épica, la novela y la poesía. La larga tradición y el alto grado de desarrollo alcanzado por este tipo de escritura en Hispanoamérica, a través de autores como Borges, Cortázar, Onetti, Monterroso, Isabel Allende, Ribeyro, Skármeta, y tantos otros, hace más inexplicable aún la escasa atención que le ha dedicado la crítica especializada a esta antigua forma narrativa que hoy, sin duda, está en pleno auge.

La segunda observación es de índole temporal: cronológicamente nos limitamos a estudiar la producción cuentística chilena de las últimas décadas; en especial, la de los escritores jóvenes que comienzan a publicar en los años setenta. La tercera precisión es de índole semiológica, que formulamos en términos de objetivo: comprobar la persistencia significativa, en el tejido textual de los relatos, de lo que hemos llamado "la sombra de la dictadura; o, lo que es lo mismo, la impronta -en términos de significación literaria- de un estado dictatorial que comienza en 1973, del cual Chile (pese a su democracia) aún no se ha liberado totalmente.

Por último, hay que decir que este trabajo sólo es el esbozo de un proyecto de mayor alcance, destinado a estudiar la producción narrativa chilena desde la fecha antes señalada. Lo que ahora presentamos, de forma antológica, son "tres muestras representativas" del cuento chileno actual que recrean, en la ficción literaria y desde diversas perspectivas, la existencia de una generación fuertemente condicionada por su entorno histórico-social.

De todas maneras, esto no quiere decir que tal tendencia sea exclusiva o dominante en el panorama más reciente de la cuentística chilena. Incluso, puede decirse, que muchos de los escritores jóvenes -probablemente saturados de literatura testimonial- consciente o inconscientemente esquivan tal circunstancia. Cuestión, esto último, que no deja de ser un síntoma bastante significativo, si se considera que dichos autores

no vivieron directamente tales acontecimientos, sino sus consecuencias; sobre todo, en términos de marginalidad, respecto de una cultura con la cual no se identifican.

## 2.- El cuento y la novela: su expresión social e ideológica.

El cuento es una forma de expresión narrativa que ha tenido en Hispanoamérica una marcada función social, cuando no política. Tal es el sentido del texto fundador del género: *El matadero*, del argentino Esteban Echeverría (1805-1851), una obra escrita en el auge romántico (1839), de publicación muy tardía (1871). Lo mismo puede decirse de los cuentos mineros (*Sub-terra*: 1904), del chileno Baldomero Lillo (1840-1902) y; en alguna medida, de los cuentos sobre la naturaleza americana del uruguayo Horacio Quiroga (1878-1937).

De todas maneras, la novela parece ser el género que con mayor propiedad ha encauzado esta tendencia de la literatura hispanoamericana en nuestra época. Particular relevancia tiene en este contexto la llamada "novela de la dictadura" o "del dictador". A este respecto baste recordar -en el caso de Chile-, las novelas de Fernando Alegría: *El paso de los gansos* (1980), Fernando Jerez: *Un día con Su Excelencia* (1988) y Paulina Matta: *Álbum de Fotos* (1987). Todas ellas, al lado de otras obras hispanoamericanas tan importantes sobre el mismo tema, como son *Los hombres de a caballo* (1968) de David Viñas, *Muertos útiles* (1977) de Erich Rorenrauch y *General a caballo* (1980) de Lisandro Otero; o bien, los paradigmas del género: *Tirano Banderas* (1926) de Valle Inclán, *El Señor Presidente* (1946) de M.A. Asturias, *El recurso del método* (1974) de Alejo Carpentier, *Yo el Supremo* (1974) de Augusto Roa Bastos y *El otoño del patriarca* (1975) de García Márquez.

Hoy tienden a borrarse las fronteras entre el cuento y la novela. Tanto una como otra forma literaria -con sus diferencias estructurales específicas- están en condiciones, por su naturaleza narrativa, para recrear la realidad individual o social y transformarla en expresión artística. De hecho, así ha sido a lo largo de la historia del género. Cuando los modernistas reivindi-

caban el carácter puramente inventivo y fantasioso del cuento frente al realismo y al naturalismo decimonónico, implícitamente estaban reconociendo la existencia de las dos tendencias que atraviesan la literatura hispanoamericana hasta nuestros días: una, fuertemente arraigada en el contexto histórico-social; la otra, que tiende a prescindir de la realidad contingente en función de la fantasía puramente creativa.

### 3.- Breve panorama del cuento chileno.

Cuando se habla, en el caso chileno, del **cuento poemático** de Gabriela Mistral, Augusto d'Halmar, Pedro Prado y Federico Gana, o bien, del **cuento artístico o de creación pura**, de Vicente Huidobro, Benjamín Subercaseaux y Salvador Reyes, frente a modelos paradigmáticos del **cuento social** en Chile, como el antes mencionado Baldomero Lillo, también se está reconociendo el vínculo de tales escritores con las tendencias narrativas dominantes en la época a nivel universal, representadas por autores tales como: Turgeniev, Pirandello, Zola, Gorki, Dostoievski o Daudet. A ellos se asimilan, pero anteponiendo sus propias peculiaridades, los autores chilenos de principios de siglo.

Del mismo modo, pese a su arraigo nacional, no exento de localismo, la historia del cuento chileno ha estado vinculada, desde siempre, a los cauces más actualizados de la narrativa hispanoamericana. Junto al "criollismo", iniciado por Mariano Latorre con sus *Cuentos del Maule* (1912), de notable relieve en el país, surgen otras tendencias como la representada por la "generación del 38", que reivindica para sí la renovación del cuento chileno. Los escritores pertenecientes a ella asumen una tradición; pero, al mismo tiempo, abren nuevos cauces narrativos, sin desvincularse de la realidad nacional. Carlos Droguett (1915), por ejemplo, aún conservando la fuerte referencialidad geográfica que caracteriza a su obra, representa la superación del criollismo dominante en la época; sobre todo, por la profundización psicológica de su escritura. De hecho, otro narrador también importante como Manuel Rojas (1896-1972) también lo hace a través de una literatura más centrada en temas humanos que en la naturaleza propiamente tal. Lo mismo puede decirse de Francisco Coloane (1910), el escritor chilote, y sus cuentos sobre el extremo sur del país: *Cabo de Hornos* (1941).

De acuerdo con esto, hay que decir que cuando la "generación del 50" se plantea la superación del criollismo localista, haciendo de la ciudad el centro de sus historias, dicha tendencia ya se había renovado sin

dejar de lado, por cierto, la problemática regional y nacional en sus más diversas expresiones, incluida la social y política. Los escritores de la "generación del 50" trasladan tal problemática a la urbe. Son estos autores, cuya obra nace marcada por el existencialismo de la época, los que van a vivir los acontecimientos de 1973. Algunos, fuertemente cuestionados por su actitud política frente a dichos sucesos, como es el caso de Enrique Lafourcade (1927), permanecieron en el país y allí continúan su producción literaria. Una situación similar es la de Jorge Edwards (1931); pero otros, como José Donoso (1924) crean gran parte de su obra fuera del país. Lo mismo le sucede a escritores más jóvenes como Antonio Skármeta (1940) e Isabel Allende (1942).

Diferente es el caso de los autores que constituyen las generaciones más recientes. La de los que nacen alrededor de 1950, que viven en Chile y que se forman allí, bajo las circunstancias sociales y políticas de un país militarizado. En términos generales, la escritura de los jóvenes se plantea como una "contracultura", no sólo frente al modelo impuesto por el régimen, sino en relación también con toda una línea literaria tradicional para ellos, de carácter eminentemente socio-político y documental. En este sentido, la escritura de las nuevas generaciones -con una fuerte dosis de individualismo- tiende a reproducir los patrones de una "postmodernidad" impuesta por las circunstancias, sin haber asimilado apenas el cambio. Tal voluntad de ruptura pone de relieve en la ficción narrativa el extrañamiento, la soledad, el "divertimento" desmitificador, la carnavalización y el sinsentido de una existencia prematuramente agotada que poco o nada quiere saber con el pasado inmediato. Estas son, por lo tanto, algunas de las señas de identidad de la nueva cuentística chilena recogida en las últimas antologías publicadas: *Antología del cuento chileno* (1985), *Ensayados* (1988), *Encajados* (1989) y *Cuentos con walkman* (1994).

Junto a esta tendencia que, de todas maneras, no se desvincula de la realidad, sino en su aspecto político y militante, persiste -renovada, por cierto- una línea narrativa de notable referencialidad contextual que reivindica la memoria histórica. De carácter testimonial o simplemente evocativa esta escritura se vuelve al pasado inmediato para indagar allí el sinsentido de su propia existencia, socialmente a la deriva. Tales son los dos extremos que marcan el curso de la actual producción cuentística chilena. Por un lado, una literatura que se proyecta al futuro fundada en los patrones del decrecimiento finisecular. Por otro, una narrativa que persiste en el pasado, pero como una manera de comprender el presente. De todas maneras, ambas

corrientes coinciden en la expresión de una realidad francamente desmotivadora.

Hay que destacar, por último, el enorme auge del cuento en las últimas décadas, su diversidad temática y algunos nombres ya representativos que marcan líneas de desarrollo. Es el caso, por ejemplo, de Pía Barros (1951), autora de los libros *Miedos transitorios* (1989) y *A horcajadas* (1992); Ramón Díaz Eterovich (1956): *Cualquier día* (1981), *Obsesión de Año Nuevo y otros cuentos* (1982), *Atrás sin golpe* (1985) y *Ese viejo cuento de amar* (1990); además de Jaime Collier (1955), autor de: *Los años perdidos* (1986), *El infiltrado* (1989) y *Gente al acecho* (1993).

#### 4.- Tres cuentos representativos.

Nos interesa, por ahora, estudiar una de las corrientes narrativas antes señaladas: la que, fundada en la memoria histórica, pone de relieve el pasado inmediato, sin que por ello se convierta en testimonio documental. De acuerdo con esto, presentamos tres relatos cuyo conjunto reproduce, en la ficción literaria, una secuencia temporal que va desde los mismos acontecimientos del "73" a su secuela de extrañamiento y exilio. Esto, en el plano temático; pero, en el nivel narrativo, la particularidad de tal elección radica en el hecho de que tales cuentos representan distintos puntos de vista respecto de una misma realidad traumatizadora.

##### 4.1. José Leandro Urbina (Santiago de Chile, 1949).

De este autor, exiliado en 1974, que como tantos otros chilenos vivió su propia diáspora hasta radicarse en Estados Unidos, hemos elegido el cuento titulado "Padre nuestro que estás en los cielos". Este es un relato perteneciente a su libro *Las malas juntas* (1987), que ya tiene otras dos ediciones corregidas y aumentadas (1986 y 1993):

*Mientras el sargento interrogaba a su madre y su hermana, el capitán se llevó al niño, de una mano, a la otra pieza.*

-¿Dónde está tu padre? -preguntó.

-Está en el cielo -susurró él.

-¿Cómo? ¿Ha muerto? -preguntó asombrado el capitán.

-No -dijo el niño-. Todas las noches baja del cielo a comer con nosotros.

*El capitán alzó la vista y descubrió la puertecilla que daba al entretecho.*

Este cuento condensa en su extrema brevedad toda una historia de búsqueda-encuentro en clave de humor trágico. Enmarcado por dos enunciados narrativos (el primero de ellos nos introduce de lleno en la acción a través del adverbio temporal), la narración se centra en el diálogo-interrogatorio que tiene como protagonistas al jefe de los militares-sabuesos y el niño. Nótese, además de la dinámica que le imprime al relato el uso del estilo indirecto e indirecto libre, las connotaciones derivadas del ejercicio del Poder representado por los personajes adulto-masculinos (soldados) frente al niño y las mujeres (madre y hermana). Ellas y el sargento constituyen el transfondo escénico de la búsqueda como si se tratara de una pieza teatral, mientras que en el primer plano se destaca la inocencia del niño frente a la astucia indagatoria del capitán que lo interroga en habitación aparte. La ausencia-ocultamiento del padre es refrendada por la explícita alusión al intertexto oracional del título, mientras toda la tensión del relato se concentra en la equívoca respuesta del niño.

##### 4.2. Lucía Guerra (Santiago de Chile, 1944).

Es una autora que también comienza su producción literaria después del 73. Notable narradora y ensayista, particularmente interesada por los estudios sobre la mujer, tema al que le dedica un libro de indudable relieve, premiado por la Casa de las Américas: *La mujer fragmentada: historias de un signo* (1994). Profesora de la Universidad de Irvine, California (U.S.A.), ha editado las novelas *Más allá de las máscaras* (1984, 1986 y 1990) y *Muñeca brava* (1993). De su libro de cuentos *Frutos extraños* (1990), Premio "Letras de Oro" (1991), otorgado por la Universidad de Miami y el gobierno de España a estudiantes hispanoamericanos en U.S.A. y Premio Municipal de Literatura (Santiago de Chile (1992)), presentamos el relato titulado: "Rehenes de oscuros atavíos":

*Al compás de una marea estridente, ella se sumerge en las sensaciones que le transmite otro cuerpo fragmentado por los haces multicolores de los focos eléctricos girando sobre la pista de la discoteca. Al inicio de una nueva persecución, él mueve rítmicamente los hombros por un par de segundos y luego empieza a elevar los brazos con una seriedad ritual que, de pronto, desaparece dando paso al movimiento frenético de las caderas. El joven ahora gira sobre sus talones, se detiene brevemente y hace avanzar el pie izquierdo hacia la derecha mientras une las palmas de las manos. Ese cuerpo que a ella le sugiere un extraño semáforo erótico la sigue, se aleja por un instante, la inquiere... En ese momento la voz del cantante ven-*

ce el quejido sensual de la guitarra eléctrica inundando la pista con su reto amoroso, "Entre la muchedumbre púrpura te buscaba" dice ella y siente que dos dedos le rozan el cabello y vuelven a desaparecer en la oscuridad, "tus muslos de miel/deseaba", el torso del joven se surca de líneas que semejan un rosario de rubies... "los capullos oscuros de tu cuerpo/anelaba"... "Los anhelaba en la muchedumbre púrpura síti..." los tambores y las caderas de él allí, en ese océano de percusiones imprevistas, la persiguen en un acoso que es también regocijo, "pero esta noche al fin/el líquido lechoso de tu vientre beberé/en cada poro de tu piel/mi sed entera saciaré/te beberé/te beberé/te beberé..." El brillo intermitente de esos ojos agazapados en el carrusel multicolor la cautivan, huyen nuevamente hacia la oscuridad y su pecho encendido de amarillo y de violeta la incita a un torbellino de caricias. El joven con su cuerpo ahora cruzado por relámpagos de sangre la roza apenas mientras los acordes finales se agudizan en un crescendo espasmódico que la traslada a la espesura de la tierra amazónica y ella se imagina a sí misma huyendo de la persecución de un tigre extrañamente listado de rojo y de negro.

Abrazados abandonan la pista de baile y él solícito se aleja hacia el bar para traerle una bebida. Aún sintiendo en su piel el hormigueo exuberante de la música, Clarice contempla las espaldas ágiles del muchacho y siente la sed de un ave que acaba de retornar desde las alturas. Había venido con sus amigos a ese club nocturno para olvidarse de la política, de su arriesgada política. "El bailoteo siempre espanta a las desgracias, compañera carioca", había dicho Segundo con ese típico humor un tanto fatalista de los chilenos. Desde el primer día, le había llamado la atención esa alegría tan en tono menor que tenían todos ellos. Aún cuando Salvador Allende saludaba desde el balcón presidencial con los brazos en alto y una sonrisa victoriosa, a ella le parecía que en su mirada persistía un dejo de sobriedad que era también un presagio. En esos días, los informes de un golpe militar inminente habían producido el peso amargo de la desesperanza en todos sus compañeros chilenos. "¡No sean derrotistas! -había exclamado Sonia-. Nuestra misión es precisamente ayudarles a sofocar un golpe". Juan Pablo levantó la vista y se apresuró a decir: "Pucha, brasileña linda, es que tú no sabís cómo son los milicos de este país. Constituyen una de las fuerzas armadas más eficientes de todo el mundo". "Así será, che, pero nosotros constituimos el grupo más experto en la guerrilla urbana", declaró un tupamaru que acababa de llegar.

Y siguiendo a los chilenos en ese rito tan extraño de exorcizar la desgracia cuando aún no ha llegado, Clarice se encontró en medio del bullicio de aquella discoteca frente al mar. Bebía la ginebra con desgano; en esos últimos días, la obsesionaba una idea que, como un fantasma

aferrado a sus espaldas, se empeñaba en hurtarle todo el sentido de su existencia. Por primera vez, empezó a pensar que sus actividades políticas tal vez no tenían ningún valor en ese continente que se debatía en guerrillas y dictaduras. La historia que ella siempre se había imaginado como una sucesión de luchas para lograr la justicia ahora también le empezada a parecer una cadena de muertes inútiles; tal vez el único destino cierto del pueblo latinoamericano era desangrarse en sus océanos y sus montañas. Pero no, ella reflexionaba, la sangre nunca podría ser inútil, toda sangre derramada era también el fermento de un orden justo, las cruces de Camilo Torres y el Che Guevara engendraban por fin otro devenir.

En ese momento, divisa a Sonia y a Pancho que se acercan a la mesa con las mejillas enrojecidas y la respiración entrecortada. "¡Aquí sí que nos morimos, mijita!", exclama Pancho apoyándose en el respaldo de la silla y Clarice sabe que él afrontará la cárcel, las torturas y hasta la muerte con ese mismo abandono estoico. Bebe otro sorbo de ginebra y, al depositar el vaso sobre la mesa, divisa a un muchacho moreno sentado en el bar. Por un segundo, le parece que allí está su padre, que el tiempo ha retrocedido milagrosamente para que ella lo vea como nunca lo vio. Este joven que en forma despreocupada prende un cigarrillo es papá, el papá de las historias fascinantes que contaban sus tías cuando venían a casa desde Recife, papá soltero con su ropa estilo francés, en la calle y en el mundo, paseando su sonrisa que conquistaba a las chicas más hermosas y adineradas de la ciudad, papá y su juventud apuesta que se incrustó como broche luminoso deteniendo todos los calendarios. Entre sorprendido y seductor, el muchacho responde a su mirada y ella le sonríe frotando la palma de la mano sobre la superficie lisa de la mesa con la convicción maravillosa de que papá está con ella, aún en ese país que no los vio nacer.

El joven se acerca para invitarla a bailar y ella lo sigue a la pista con la misma sensación que sentía cuando papá la llevaba al zoológico. Aferrada de su mano, apuraba el paso sintiendo una extraña mezcla de respeto y de orgullo porque él era tan buen mozo y, al mismo tiempo, se le instalaba en el corazón un extraño cosquilleo ante la expectativa de risas y de peligros allá en las jaulas que se escondían entre los árboles.

Esa noche, girando como un nardo en el agua, amó a ese muchacho que la guiaba por un laberinto de sombras y de fuego. Casi no se hablaron, el pasado y toda señal de identidad no parecían tener lugar en esa conjunción amorosa por la cual fluía la vida libremente. De sí mismos apenas dijeron unos monosílabos, él, Carlos, ella, Clarice, de Brasil, sí, había venido a tomar cursos de sociología en la universidad. Cuando lo besó frente a la puerta de su habitación, ella sintió que ésta era la única

despedida donde el adiós marcaba un milagroso comienzo. Allá en Brasil, sin embargo, ni un solo segundo dejaba de presentir la muerte mientras se alejaba más y más la imagen llorosa de mamá agitando un pañuelo y sin quitarle los ojos de encima con el temor de que esa fuera la última vez que vería a su hija. "Chao, nos vemos en Santiago", dijo él acariciándole la mejilla.

Lentamente Carlos subió por el sendero que conducía a la estación de viejas columnas. A lo lejos oía el oleaje del mar que le hacía evocar la noche anterior. El y ella amándose porque sí, yaciendo juntos en un lecho como si se hubieran conocido desde siempre. Al dirigirse a la ventanilla para comprar su boleto, Carlos decidió qué debía hacer de todo aquello una resaca al margen de su vida. Y mientras el tren cruzaba sauzales y viñedos flanqueados por esas montañas que, en un tiempo milenario, limitaron esa franja de tierra, él, con las mandíbulas apretadas, trituró las risas y los tumultos del amor que habían surgido en ese extraño encuentro. No. No tenía nada de extraño, se corregía, había sido simple y sencillamente una aventura de balneario. Ella lo había mirado varias veces mientras él se apoyaba en la barra con un trago en la mano, luego le había sonreído como una putita experta y, claro, él se había destapado. Todo lo que había ocurrido entre ellos dos no era milagro, como había dicho ella, sino solamente un absurdo desahogo del cuerpo y al cuerpo, como él muy bien lo sabía, se lo dominaba con la voluntad, la única fuerza valiosa de todo hombre que se preciara de tal. A medida que las luces dispersas señalaban el retorno a la ciudad, Carlos fue arrojando jirones de niebla sobre la muchacha que se había quedado junto al mar. Una aventura, se decía endureciendo los músculos de la espalda, nada más que una aventura, repetía presionando el respaldo del asiento con movimientos breves y precisos.

Se bajó rápidamente del tren y, ya en la acera, detuvo un taxi haciendo un gesto rígido con el brazo derecho. Durante el trayecto se mantuvo en silencio ante los comentarios alarmados del chofer.

A nuestro Chilito se le viene algo muy serio, señor. Aquí en Santiago está que arde, mi compadre que es carabinero me acaba de contar que allá en la Población Ramona Parra los rotos ahora se han puesto a construir barricadas... Para qué le cuento la de cosas que están pasando en el centro, los negocios están todos cerrados y dicen que los médicos se van a volver a tirar en huelga.

A la mañana siguiente, Carlos golpea el pavimento de la calle con paso regular, infundiéndole a los brazos el movimiento de dos aletas de acero. Con la cabeza en alto entra en una peluquería y, mirando de reojo su imagen en el espejo, ordena: "Corte militar".

En medio de reuniones de emergencia, concentraciones y entrevistas secretas, Clarice espera inútilmente la llamada telefónica de Carlos. Nunca antes había sentido que la distancia era también vivir el despojo del propio cuerpo, caminar y sonreír con la sensación de que se es sólo un fantoche suspendido por resortes huecos. Y acudía a las palabras como un modo de exorcizar el vacío.

Hola, cuéntame -le decía Sonia a media noche-. Después de todo, el derecho a recordar es el único derecho inalienable que poseemos todas las mujeres cuando se trata del amor.

Y conversan hasta la madrugada barajando diversas hipótesis para explicar el silencio de Carlos (una enfermedad imprevista que lo mantiene incomunicado en el hospital, la muerte de un familiar que lo obligó a viajar a provincia o, en el peor de los casos, los trámites urgentes para conseguir el divorcio de una mujer que ya hacía mucho tiempo no amaba). Y, a las tres o cuatro de la mañana, imaginaban diversas versiones de un encuentro que invariablemente culmina en besos apasionados y promesas de amor eterno. Sonia, la compañera de celda allá en Bahía, la amiga que arriesgó su propia vida para salvarla de las balas en el enfrentamiento del año setenta y uno, ahora la escucha atentamente y, con el mismo fervor que despliega en lo político, imagina nuevas fichas para ese tablero que se ha quedado inconcluso.

Dios mío, ya está por salir el sol y yo no te he dejado dormir por pasarme hablando de Carlos. Perdóname, Sonia querida, soy una idiota, una verdadera idiota.

Idiota nunca, menina. Cuando te vi la primera vez, me pareciste una muchachita ingenua que únicamente por razones sentimentales se había incorporado a nuestra lucha. La verdad es que no te di ni una semana. Pensé que el gesto admirable de continuar la labor de tu padre se iba a desvanecer en cuanto te encontraras en una situación difícil y que ibas a regresar a tu casa para seguir llorando su muerte.

Su muerte de flor machacada en manos de esas bestias de la policía secreta -agrega ella volviendo a sentir esa mezcla de dolor y rebeldía que le punzó el corazón cuando vio el rostro amoratado de su padre detrás del vidrio de un ataúd barato.

Pero a los tres o cuatro días, Clarice, me di cuenta que eras una mujer de agallas.

Ella apoya la cabeza sobre la almohada y cierra los ojos pensando que Sonia, con su generosidad que hace admirable todo lo humano, también se ha convertido en la madre amorosa que elogia cada una de sus acciones y está dispuesta incluso a imaginar desenlaces de una historia de amor con el fin de que ella no caiga en la desesperación.

Esa mañana reciben una llamada telefónica. La voz

de un hombre, en apariencia tranquila, les informa que acaba de llegar la encomienda desde Quillota y que deben recogerla en la estación de buses. Este es el anuncio en clave de que ha estallado el golpe militar, de que hay orden de permanecer en casa y se debe quemar cualquier dato comprometedor. Durante todo el día, escuchan las noticias siguiendo los ataques de La Moneda, las últimas palabras de Allende y el bando militar que declara estado de guerra. A media noche, sienten ruido de pasos en la escalera, alguien en un tono arrogante les ordena abrir la puerta y entran unos soldados de gesto adusto que las empujan contra la pared de la cocina. Rápidamente registran todos los cajones, apilan libros sobre la mesa del comedor y arrojan sobre el piso, toda la ropa, los zapatos y los collares que ellas, con tanto cuidado y entusiasmo ordenaron en el closet, cuando se trasladaron a ese departamento para vivir juntas. Sin hacerles ni una sola pregunta, luego las conducen hasta la calle donde se estaciona un camión militar extrañamente poblado de capuchones oscuros. Cuando Sonia salta a la pisadera, un soldado le hace meter la cabeza en un saco de tela rústica y, en el momento en que otro soldado la va a hacer subir a ella, se da media vuelta y grita:

Capitán, se acabaron los sacos, ésta va a tener que ir sin capucha.

Está bien. Súbela al camión -ordena el oficial de ceño arrogante.

Al pasar por el Parque Cousiño ahora resguardado de tanques, Clarice se atreve a susurrar:

Te ves tan rara, Sonia querida, con ese saco que te cubre toda la cara...

Lo que es aquí dentro se siente como la cresta. ¡Imbunche!

¿Imbunche? ¿Qué es eso?

Para los chilenos, brujería. Al embrujado le cosas todos los orificios del cuerpo, como si fuera un saco y él se convierte en una víctima del mal. A nosotros han empezado por cosernos los ojos mientras ellos lucen sus impecables uniformes que son también los atavíos del poder.

¡Silencio ahí! -ordena un soldado apuntándoles con su metrallera.

Pero Clarice no siente miedo, este viaje entre rostros desconocidos que se ocultan bajo la textura áspera de los sacos no es sino un suceso imprevisto en un itinerario ya conocido, en un territorio de cartografías previsibles. Ella sabe que la meterán en un calabozo y que luego vendrá la macumba infernal de la tortura, de los interrogatorios y los simulacros de fusilamiento. También sabe que lo importante es no quebrarse para no delatar a ningún compañero, que es preciso, además, comer con cautela y tomar mucho líquido para tener suficiente saliva que alivie las heridas y quemaduras. Pero el camión no se detiene frente a una cárcel, Clarice reconoce las anchas rejas

del Estadio Nacional donde ella y Sonia, hace unas semanas, aplaudieron el triunfo de la selección brasileña. A los prisioneros les ordenaron despojarse de los sacos y, en correcta fila, los hacen avanzar hasta los camarines donde se amontonan hombres y mujeres de mirada atónita. Después de un par de horas, ven pasar a unos soldados que acarrear hasta las graderías una olla de agua caliente y unas grandes canastas de mimbre.

¡Todos en fila para recibir la merienda! -grita un cabo con voz gangosa.

Y Clarice se para detrás de una mujer embarazada que solloza con las manos apoyadas en el vientre. Cuando faltan sólo dos personas para llegar frente al concripto que reparte el pan, un hombre joven lo toma de la manga y le grita:

¡No me tires el pan, pelao de mierda! No somos perros. Somos presos políticos, no maleantes ¿oíste?

Capitán. ¡Disturbios! -anuncia el cabo que vigila la fila.

Y saliendo por una puerta lateral, aparece un oficial que avanza entre la muchedumbre temerosa de los rehenes.

Llévenselo a las graderías del sector norte -ordena con gesto imperturbable.

En una pose rígida que impone autoridad, el oficial entonces recorre a todos los presos con una mirada fría, por un breve instante, se detiene en los ojos de Clarice y ella siente que se estrella contra dos troncos secos.

Mientras la figura uniformada desaparece entre las columnas, Clarice, sobrecogida y aterrada, le murmura a Sonia en el oído.

Es él. Es Carlos.

Ya sé. Esta sí que es una brujería de verdad. El reencuentro tan deseado, menina, más parece un maleficio.

Dos horas después, las conducen a ambas a una sala donde las someten a una interrogación. El joven oficial de facciones duras les hace preguntas breves y precisas que ponen en evidencia un conocimiento acabado de todas las organizaciones de izquierda. Ella, tratando inútilmente de olvidar las caricias de aquella noche, responde con la sensación de que un pez muerto le enfría el alma. Lentamente, él se pasea por la sala y, de pronto, girando sobre sus talones, le dice en tono amenazador.

Tú. Dame las claves de la radio clandestina.

Con los ojos cerrados, ella entonces empieza a recitar anuncios comerciales, letras de canciones y parlamentos de la telenovela de las dos de la tarde.

Mucho cuidado con mentir ¿oíste? Si en las próximas tres horas no desciframos un mensaje en la radio, te mato.

Luego, ubicándose detrás de la mesa, señala en un tono aún amenazador.

Concluida la interrogación, sargento.

*De vuelta en el camarín, Sonia la abraza con un gesto apremiante y protector.*

*Clarice, Menina mía, por favor no me digas que le diste falsa información.*

*Por supuesto que sí. Hay que darle tiempo a los compañeros de afuera para que reorganicen todo.*

*¡Dios mío! Ahora mismo tienes que darle las claves correctas. Si yo pudiera...pero esta maldita memoria mía nunca me ha servido para nada- y prorrumpe en sollozos.*

*Ese hombre es capaz de cualquier monstruosidad. Te matará.*

*No, Sonia. El no podrá matarme -afirma ella volviendo a sentir sobre su cuerpo los murmullos y las caricias de ese hombre que la hicieron internarse en una región de cálidos helechos.*

*Te engañas, menina del alma -dice Sonia remeciéndole los hombros-. Cuando nos estaban interrogando, sus pasos, sus ojos y hasta su voz arrojaban cuchillas.*

*No exageres. Yo sé que, bajo sus caparazones de militar, él esconde tibiezas de ave recién nacida. Créeme. Sonia, este Carlos es sólo el fantasma almidonado del otro. Del verdadero Carlos.*

*Y, para recuperar ese sentido del humor que tanto las une, Clarice adopta la postura de una heroína romántica y, mirando hacia el techo con sus ojos entornados, exclama lánguidamente.*

*¡Ojalá me viole!...*

*¡Clarice! Mantén tu sensatez. Aquí se trata nada menos que de salvar la vida -la reprende Sonia.*

*Sentada en el suelo junto a los otros presos, Clarice evoca el cuerpo de Carlos cubriéndole la espalda mientras juntos se sumen en una melodía de acordes umbrosos pero, en esa imagen, ahora se interponen dos ojos con visos de acero.*

*Están saliendo de la cola para el almuerzo cuando él irrumpe en las graderías y avanza hasta ella con un gesto iracundo.*

*Ustedes dos. Un paso adelante. Nos engañaste, puta de mierda. ¡Larga la información de una vez!*

*Ella entonces lo mira tratando de dominar ese temblor en la barbilla que también sentía cuando su padre estaba a punto de castigarla.*

*No. No sé -murmura apenas.*

*Larga la información o mato a esta otra puta que se vino contigo desde el Brasil para aumentar los trastornos en este país -le grita en pleno rostro y Clarice recuerda la brisa del mar y el calor de ese brazo que la guiaba por la playa hasta la habitación del hotel. "No será capaz de matar a ninguna de las dos", se dice volviendo a sentir el miembro de aquel joven en el lecho húmedo de su lengua mientras ella susurraba en cada surco de esa piel que lo que estaba ocurriendo entre ellos dos era un milagro.*

*¡Habla huevona! -le grita.*

*Mañana, le juro que mañana se lo digo -titubea ella, consciente de que ha dicho algo absurdo en este ámbito donde únicamente los uniformados tienen derecho a imponer plazos.*

*En ese momento, el joven oficial siente la mirada de los soldados y de los presos recorriendo sus botas relucientes, la línea perfecta de su pantalón, la simetría impecable de la chaqueta cubriendo sus hombros en perfecta posición horizontal y la gorra que se ajusta al cabello pulcramente recortado en la nuca. Y, con un movimiento preciso, saca la pistola y dispara tres veces sobre la mujer de más edad que, en el informe que tiene sobre su escritorio, se identifica como Sonia Figueroa, experta en explosivos.*

*Diestramente apunta dos tiros en el pecho y uno en la cabeza. De inmediato y con el mentón en alto, se da media vuelta y avanza por la gradería dejando atrás los aullidos de Clarice resbalándole por la espalda.*

*A la mañana siguiente, frente al espejo de su dormitorio, Carlos se apresta a salir para cumplir con sus importantes funciones militares. Sin prisa se abrocha la camisa y, al abrir cada ojal con dedos meticulosos, oye en sordina los quejidos de una gaviota herida a los pies del mar. De reojo sorprende su imagen pestañeando, toma la chaqueta y ahoga los lamentos a lo lejos con dos movimientos vigorosos de los brazos que se incrustan en cada manga rellenando la tela muerta y él vaciándose definitivamente.*

El marco temporal en el que se sitúan los acontecimientos de este relato reproduce en la ficción narrativa los sucesos previos e inmediatamente posteriores al golpe militar de Chile. La perspectiva omnisciente del narrador y el estilo indirecto de la narración no impiden que los personajes y las acciones que realizan atraigan la atención del lector hasta la resolución final de la intriga. La trama amorosa, organizada en seis series narrativas (separadas espacialmente en el texto), discurre en forma paralela con el entramado histórico de los hechos, de tal modo que en el relato se unen y enfrentan dos sentimientos encontrados: amor-atracción/odio-represión. La tensión narrativa, fundamentalmente centrada en el equívoco del cual es víctima Clarice se mantiene hasta el desenlace, cuando su ilusión (próxima al melodrama romántico) es brutalmente truncada por la realidad represiva, encarnada precisamente por el objeto amoroso: Carlos, la figura emblemática del Poder.

A diferencia del cuento anteriormente transcrito, la inclusión de dos personajes extranjeros provenientes de la guerrilla brasileña (Clarice y Sonia), además de ampliar la perspectiva narrativa, permite objetivar con mayor precisión los sucesos que se cuentan. Al

mismo tiempo, el hecho de que uno de estos personajes femeninos protagonice una historia de amor, precisamente con quien es su enemigo político, supone la interiorización de la historia por parte de la protagonista, subjetivando los hechos hasta el extremo de hacerla perder la conciencia de la realidad objetiva. La equívoca asociación padre (modelo de amor filial y solidario)/ amado (modelo de represión y desamor) es un acierto en este sentido; del mismo modo como lo es el entrelazamiento de dos historias (subjetiva/objetiva) que se mantiene hasta el final del relato. En su desenlace se impone la brutal realidad represiva (el Capitán y los soldados), frente a la atracción amorosa (Clarice/Capitán) y, sobre todo, al amor solidario representado por Clarice, Sonia y sus compañeros.

#### 4.3. Luis Alberto Tamayo (Santiago de Chile, 1960).

Este joven autor, cuyos relatos han sido incluidos en diversas antologías chilenas y extranjeras, publica un importante libro titulado *Ya es hora* (1986). De su producción cuentística hemos seleccionado la narración "Mi hermano cruza la plaza", particularmente relevante porque es el testimonio literario de quienes, siendo muy jóvenes cuando ocurrieron los acontecimientos de 1973, han sufrido las consecuencias de la escisión familiar provocada por el exilio, en este caso, del hermano mayor:

*Yo tenía diez años cuando mi hermano se fue. Durante mucho tiempo su nombre estuvo prohibido en nuestra casa. Crecí sabiendo que tenía un hermano que vivía en Francia: después supe que no, que vivía en el exilio.*

*Papá decía que mi hermano era inteligencia perdida, un testarudo que había ido a la Universidad a mezclarse con la peor clase de gente. Acordarse de él en la mesa era desatar una tormenta: mamá lloraba en silencio, mi hermana Claudia inventaba planes para ir a visitarlo; papá las embestía contra políticos antiguos y disertaba sobre la importancia de no meterse en nada.*

*Cuando egresé de cuarto medio papá lloró y todos lloraron: tuve la sensación de que no era yo quien se graduaba, sino mi hermano otra vez.*

*Sus cartas fueron escasas, apenas cinco en siete años. Recuerdo que la última decía: "Hace mucho frío esta noche; mañana salgo para Rennes con una exposición sobre los crímenes de Pinochet". Mi madre la quemó aterrada. Le contestó que al escribir esas cosas estaba poniendo en peligro a toda la familia. No volvieron a llegar cartas tuyas.*

*Años después supimos que mantenía correspondencia*

*con una vecina del barrio antiguo: del barrio en que vivíamos cuando vino el golpe militar. Fuimos con Claudia a ubicar a esta señora. Se acordaba bien de nosotros a pesar del tiempo transcurrido. Nos mostró dos cartas largas. Entonces pudimos saber cómo sonaban sus palabras, qué decían: ahora teníamos edad para entenderlas.*

*Reiniciamos el rito de la correspondencia. En una nota me propuso que le enviara mis papeles, que había juntado algo de dinero, y que vería modo de que pudiera pasar un año con él, para que nos conociéramos. No contesté su mensaje: ya llevaba un semestre en la Universidad.*

*Durante el primer año fui uno de los mejores alumnos, lograría terminar la carrera en tiempo record.*

*Cuando me invitaron a hacer trabajo voluntario para ayudar a los campesinos pobres yo pensé que estaba bien y me inscribí. Al saberlo mi madre se puso tensa.*

*-Eso no es ayudar a nadie - dijo -, eso es hacer política. Te va a pasar igual que a tu hermano, que está donde está por meterse a ayudar a gente que ni siquiera se lo merecía.*

*Mi padre empezó a cambiar sus discursos; ahora decía que a los militares no se les podía pedir que fueran buenos gobernantes. Argumentaba que contra las Fuerzas Armadas no se podía hacer nada, que no se trataba de darle el favor o la contra a Pinochet, pero que había que reconocer que él mandaba y punto: que no había nada que hacer hasta que ellos mismos lo sacaran y pusieran a otro quizás peor.*

*Un día Claudia le discutió en la mesa, le dijo que a cada momento ocurrían cosas horribles y que no era justo quedarse sin hacer nada. Mi padre le lanzó el nombre de mi hermano como un insulto.*

*El negocio grande que teníamos en Santa Rosa quebró por la escasa venta y dos clausuras seguidas por no dar boleta. El dinero que se pudo salvar se convirtió en un taxi. Al poco tiempo el viejo Peugeot azul también fue pintado de negro con el techo amarillo. Esas eran las entradas de la familia, más el arriendo de la casita de La Cisterna y el kiosko para vender cosas de bazar y refrescos que instalamos en el antejardín de la casa.*

*A Claudia y a mí nos costaba mucho entender lo que pasaba, mirábamos todo desde fuera del tiempo. Sabíamos que nuestro hermano había vivido en otro país. Un país distinto, con el mismo nombre, pero otro...*

*El contacto con mi hermano lo hacíamos en notas pequeñas. Supimos que no estaba en París, sino en México, que tal vez partiera hacia Nicaragua, o hacia donde "su aporte pudiera ser útil". Había perdido la esperanza de que lo dejaran volver. -"Yo no apareceré en ninguna lista -afirmaba-. yo volveré cuando se abran las Alamedas".*

*Nuestra conversación se tornaba cada vez más difícil de entender. El nos hablaba que nuestra situación no era*

aislada, que la política económica del régimen estaba golpeando duro a la pequeña burguesía, que por último nuestros padres se lo merecían por todo el mercado negro que habían hecho. No se alegraba de que nosotros fuésemos a ser profesionales: nos prevenía de que no nos convirtiéramos en chanchos ahitos y emplumados, ajenos a los problemas de las grandes mayorías.

Claudia le respondió hablándole de la nueva casa en que vivíamos, de su trabajo como voluntaria de la Cruz Roja, de sus charlas de higiene y primeros auxilios, de la creación de un banco de medicinas para ayudar a las personas que no pudieran comprarlas.

El le respondió que eso era querer atacar el cáncer con dominales, que la salud de las personas debía ser responsabilidad del Estado y no de la caridad de señoras gordas ni de niñas con sentimientos de culpa por sentirse privilegiadas.

Con Claudia concordamos en que necesitábamos la presencia física de nuestro hermano para aclarar el significado y la intención de cada palabra. Para confrontar nuestras historias tan distintas: confiábamos en que a pesar de todo nos entenderíamos.

Los robos y los asaltos nos tenían a todos alarmados, no se podía dejar ni maceteros en los antejardines. Tuvimos que mandar a hacer una jaula de barrotes de fierro para el kiosquito, y así evitar que lo descerrajaran durante la noche.

Los jueves y viernes por la tarde le tocaba a Claudia atender el kiosko. Un tipo llevaba mucho rato en el asiento del paradero de micros que quedaba justo frente a nuestra casa. Claudia lo sorprendió dos veces mirando y tuvo miedo, por eso me llamó.

Pensamos que era un maleante o un policía de punto fijo, o quizá un pololo malquerido de alguna casa de la vecindad. Lo cierto es que nadie estaría por gusto a la intemperie en un día tan frío como ese. Finalmente se subió a un microbús y se fue. Sin embargo, su figura nos quedó grabada y nos pareció verlo en otras oportunidades: siempre mirando, siempre en días de frío.

Al oscurecer de un jueves entró al negocio. Llevaba puesta la capucha de la parka y el grueso cierre subido casi hasta la boca. Apenas se distinguían su nariz y sus lentes. Entró por el caminillo de cemento y pidió cigarrillos.

-No vendemos cigarros-, contestó Claudia.

Se bajó un poco el cierre de la parka y mostró unos gruesos bigotes. La chasquilla le cayó cubriéndole los ojos.

-Deme un cuaderno-, dijo luego de un breve silencio. Eligió uno grande, con la fotografía de dos caballos que corrían libres en la tapa. Dos caballos blancos sin riendas ni jinete.

Claudia se lo iba a envolver y él pidió que no, se volvió hacia la calle y mientras esperaba su vuelta lo metió

bajo su chaleco afirmándolo con el cinturón. Afuera comenzaba a llover.

Había llegado tarde a casa, me estaba acostando cuando sentí voces. Mi madre era la que hablaba: decía que no, que mi hermano estaba en Francia, que debía tratarse de un alcance de nombre.

La vecina del barrio antiguo estaba de pie en el living con unos recortes de diario en sus manos.

Cuando vio aparecer a mi padre dijo con dureza:

-Su hijo ingresó ilegalmente al país. Ahora no tienen que avergonzarse de tener un hijo en el exilio: ahora tienen un hijo muerto.

Nunca pudimos verlo. En la morgue nos entregaron un ataúd sellado, nos dijeron que ahí dentro estaba su cuerpo.

La policía lo detectó antes de que alcanzara a hacer nada: vivía solo; había arrendado una pieza pequeña en el otro extremo de la ciudad. Lejos de su barrio, de su liceo, lejos de todos los que pudieran reconocerle.

Según testigos no se defendió a balazos como dice el diario. No portaba arma: iba de blujeanes y zapatillas cruzando la plaza. Unos veinte agentes lo esperaban: uno tomando helado, otro con un paño amarillo simulando limpiar parabrisas de automóviles por una moneda; dos más haciendo footing en impecables buzos azules. Su muerte fue una práctica profesional para un grupo de egresados de sus academias de muerte.

La ventana de su pieza daba justo a la plaza. Cuando entramos al último lugar en que él habitó las piernas se nos doblaron: estábamos cerca de él, de su vida.

Todo estaba revuelto, una vieja radio a tubos quebrada en el suelo. En un estante varias revistas de historietas y deportivas, libros de química y matemáticas. El vivía allí, oculto, procurando no dejar huella de su modo de pensar, de lo que había elegido como forma de vida.

La dueña de casa contó que salía poco, que por las tardes escuchaba música y jugaba con Samy, un gato esquivo que rara vez bajaba del techo.

Bajo su cama encontré un par de zapatos negros, los tomé y me los puse; me quedaron bien. Claudia dio un grito al encontrar entre las revistas un cuaderno nuevo con dos caballos blancos que corrían.

Lentos cruzamos la plaza que él no pudo cruzar.

Este relato, extraordinariamente narrado desde una primera persona que en lenguaje y visión de mundo reproduce la perspectiva de un adolescente, pese a la dramática historia que se cuenta, jamás cae en el melodrama ni en el fácil documentalismo testimonial. Su breve extensión no es impedimento para configurar en la ficción narrativa toda una situación familiar que puede considerarse emblemática para un amplio sector de la sociedad

chilena que vivió el temor y la incertidumbre en tiempos de la dictadura. La narración, con un lenguaje perfectamente adecuado a la visión narrativa, posee un valor connotativo que sugiere, mucho más de lo que explícitamente expresa, la atmósfera de desencuentro y extrañamiento dominante en el contexto chileno de la época, no sólo en el nivel familiar, sino también social y político. La tensión del relato se funda en la incógnita sólo desvelada por la muerte del hermano; pero, más que ella, es el distanciamiento espacial y temporal del exiliado la circunstancia que también lo hace un desconocido

frente a la juventud (sus propios hermanos) formada a la sombra de la dictadura.

En definitiva, mientras se decanta la enorme y variada producción cuentística chilena de los últimos tiempos que ya cuenta con algunos nombres relevantes, podemos decir que esta línea narrativa, próxima al contexto socio-político, sigue dando testimonios más que notables de buena literatura. La prueba son estos tres relatos que recrean, desde diversas perspectivas narrativas, los acontecimientos históricos que dejaron una huella indeleble en la sociedad chilena, particularmente en las nuevas generaciones.